



1. Mujeres solas

EN las grandes ciudades, se abre lugar un tipo de mujer independiente económicamente que se mantiene al margen de todo compromiso estable con el varón, estableciendo un sistema de vida en soltería, en independencia y en libertad. Al margen de cualquier reflexión ulterior y de mayor calado, advertimos que tal tipología femenina, en aumento, solamente tiene una dimensión un tanto oscura: el fantasma de la soledad, porque los años pasan, los hijos no llegan y los deleites de la edad media desaparecen cuando se alcanza la vejez. La soledad acaba siendo para estas pioneras españolas la realidad más acerante y peligrosa. Pero por lo menos tienen capacidad monetaria para defenderse.

Sin embargo, ponemos el acento en otros tipos de mujeres en general completamente olvidados y de mayor frecuencia que el citado anteriormente. De una parte, las que viven una soledad interior y exterior atroz en pueblos perdidos y no tan perdidos, en lugares marginales y menos marginales, donde la dependencia monetaria y psicológica, además de cultural, del varón es absoluta, con frecuencia de agresiones físicas y minusvaloración sistemática de su personalidad. Oscuras mujeres que suelen aceptar de antemano su soledad jamás confesada y que llegarán a la vejez en el colmo de la paradoja: cuidando de sus maridos enfermos. Las más llamativas «revistas femeninas» jamás hablan de ellas, desde la opusiana *Télva* hasta la superavanzada *Cosmopolitan*. Mueren en vida.

Junto a ellas, un segundo tipo también olvidado y menospreciado. Mujeres que llegan a la ciudad desde donde sea, sin un duro en el bolsillo, buscadoras de un primer empleo, que acaban cogiendo lo que sea y que efectivamente también se agarran al primer clavo ardiendo que se les acerca para una furtiva caricia. Carecen de todo y lo entregan todo. Porque, perdidas en el asfalto inmenso, sienten una soledad tan honda que están dispuestas a la mayor barbaridad para vencerla. Puede que tengan suerte, pero no es lo frecuente. Acaban como barridas por la desconfianza y la desesperación: ni

están en el pueblo ni están en la ciudad. Están en su mal apartamento, puede que con otras compañeras de infortunio, esperando la nada entre las nada. Solas.

El realizador cinematográfico Benito Zambrano nos ofrece esta temporada su ópera prima, titulada *Solas*. Nunca en la historia del pueblo español hecho cine, habíamos asistido a los avatares de dos mujeres, la una pueblerina y la otra encasquillada en la gran ciudad, como en este filme de tan bella y también cruda factura. Al margen de recursos un tanto edulcorados que pervierten un tanto el guión previsible y deseable (es decir, sin concesiones), lo que nos ofrece Benito Zambrano es la correlatividad de dos historias de mujer, madre e hija, violentadas por la vida y conducidas hasta tales grados de soledad que ponen los pelos de punta. Una, la madre campesina (María Galiana), es objeto del desprecio más radical por parte de su marido, hasta convertirse en un ser silencioso, sometido, callado, aunque con capacidad para el amor. La otra, la que experimenta la factura de sus expectativas en la gran urbe, aparece como la hija descarriada en un fracaso (Ana Fernández), que para colmo se enfrenta a una desconcertante maternidad. Dos mujeres absolutamente solas, que, sumergidas en ella, acaban por ayudarse agónicamente, pero que consiguen salvarse, como decíamos, solamente por obra y gracia de un guión benevolente y un tanto poético, poco realista.

El acento se pone en estas dos últimas tipologías de mujer. Olvidadas, no tenidas en cuenta, dadas como inevitables, porque el pueblo está lejos y la ciudad es anónima. Las mujeres, que han protagonizado este siglo que ahora mismo acaba, se debaten entre alternativas muy duras, en las que ganarse su lugar en el mundo, menos preciosamente de cuanto en ocasiones se comenta frívolamente. Habrá, pues, que mirar a tales mujeres. Porque si no las miramos, no las veremos, y si no las vemos y observamos, jamás nos haremos cargo de su inmenso problema. La soledad mortal.

P. de P.

2. Mi querida Radio

EL 27 de marzo pasado se cumplía el centenario de la primera emisión radiofónica, llevada a cabo por Marconi en Italia. Veinticinco años después se ponía en marcha el primer programa de radio en España. Extrañamente, una fecha tan redonda de un acontecimiento tan notable poca repercusión ha tenido en los medios de comunicación.

¿Es que no la merece? Cien años de radio supone un servicio impagable de información, formación y diversión, que ha acompañado a millones de personas en las más variadas circunstancias. Cuántas soledades han neutralizado las madrugadas radiofónicas. ¿O es que ya hemos olvidado «Encarna de noche», compañera de camioneros y noctámbulos?

Cuando la televisión nos deslumbró con sus primeros parpadeos en la pequeña pantalla, muchos rezaron un requiem por la radio: ¿cómo iba a sobrevivir la desnuda sonoridad ante el fenómeno de la imagen a distancia? Sin embargo, los profetas necrológicos de la radiodifusión no pensaban que la telefonía iba a convivir gloriosamente con su hermana audiovisual, la televisión. Las emisoras convencionales de onda media se han multiplicado por todas partes, dando paso además a una red invisible de transmisiones por frecuencia modulada. En lugar de «la radio ha muerto, viva la televisión», ambos medios gozan de buena salud.

Estos cien años de radiodifusión bien merecen un recuerdo a grandes rasgos de la que fue compañera de tantas horas gratas: teatro, novela, conciertos, noticias, cultura a los cuatro vientos. En mi retina aún conservo imágenes de mi infancia pegado a una radio de galena, escuchando en directo música de ópera y de zarzuela. ¿Y cómo olvidar durante la guerra española la audición clandestina de noticiarios y arengas, propaganda de uno y otro bando, luchando por la propia causa? Páginas inolvidables de la historia de la radio las han escrito las interminables radionovelas, predecesoras de las telenovelas actuales, y el radioteatro, que consagró compañías de actores sin rostro pero con voces familiares.

En cuanto a la radio actual, es cierto que siempre hubo diálogos en las ondas, pero no hay duda de que las tertulias radiofónicas son un género que ha adquirido carta de ciudadanía en la parrilla de cualquier programación que se precie. En estos foros abiertos no hay materia tabú que se resista a la opinión encontrada de los contertulios. También la radio interactiva es una novedad de la radio actual. Es verdad que siempre se escuchó la voz de los oyentes, que pedían sus discos dedicados a la novia o el amigo, pero hoy se

le abre el micrófono a todo el mundo para que pueda intervenir en directo por teléfono. En cuanto a los espacios informativos, la libertad de expresión democrática posibilita un abanico plural de enfoques y tendencias, a gusto (o disgusto) del consumidor. Otra novedad de la radio actual es su múltiple oferta de programas monográficos: Sólo música, todo noticias... También es notable el cambio experimentado en la publicidad: del viejo esquema del anuncio estático del producto o la firma que se quería dar a conocer se ha pasado al plural anuncio dinámico hecho anécdota e historieta, llena de imaginación.

Pero no pretendía hacer un recuento minucioso de los distintos capítulos de la historia de la radio, que acaba de cumplir su primer siglo. Sólo quería rendir un agradecido homenaje al invento que revolucionó la comunicación a distancia y pobló de música y palabras toda nuestra vida.

Querida Radio, feliz centenario y que vivas muchos años más.

R. A.